

## De Costarricania a Costa Risa, pasando por Cuesta Mucho

Luis Camacho

La Costa Rica de las primeras décadas del siglo XXI, frustrada e irritada, recuerda tanto la Costarricania de El congreso de futurología (1971; 1981 en Ed. Bruguera) del polaco Stanislaw Lem , como la Cuesta Mucho de otra novela, La Maroma (1984, Gráfica Pipa) , publicada con el seudónimo Avel Josco detrás del que se oculta su verdadero autor, José Calvo.

Lem escogió Costarricania para poner en ella el VIII Congreso de Futurología de 2039 porque averiguó cuál era el país que cuando escribía su novela tenía la tasa más alta de natalidad del mundo y porque consideraba que la explosión demográfica era el principal problema para los futurólogos. La tasa de natalidad en Costa Rica empezó a disminuir poco después, pero no siempre la literatura fantástica se equivoca cuando predice eventos: la VIII Conferencia Mundial de la Federación Mundial de Estudios del Futuro tuvo lugar en la Universidad de Costa Rica del 9 al 14 de diciembre de 1984 y para comprobarlo puede el lector consultar el volumen titulado Los futuros de la paz, compilado por Luis Garita (Oficina de Publicaciones de la UCR, 1986). Si Lem resucitara (murió en 2006) y viniera a Costa Rica –donde no sabemos si alguna vez estuvo– el gran rótulo en el aeropuerto Juan Santamaría en el que se indica al viajero que ha llegado al país más feliz de la Tierra le haría recordar que en su vieja novela el gobierno de Costarricania conjuraba la amenaza de insurrecciones populares cambiando el estado de ánimo de la población mediante drogas añadidas al agua para consumo público: benefactorina, supercaricianina y felicitol, cuyos nombres delatan los resultados buscados con su aplicación. Años antes se habían descubierto estos y otros psicotrópicos "benignativos", así llamados por ser capaces de inclinar al bien y de reducir la mente a la serenidad y a la alegría aunque no hubiera motivo alguno para ello. Sin duda no existen tales drogas, pero es difícil entender cómo un pueblo se puede considerar feliz en un país donde los ríos que pasan por zonas urbanas se convierten en cloacas, donde

cualquier rincón es bueno para convertirlo en basurero y donde cualquier excusa es buena para talar árboles aunque tengan valor histórico (¡Nada menos que la Sala IV mandó a cortar la ceiba en los jardines del Ministerio de Relaciones Exteriores, sembrada por el presidente guatemalteco Ydígoras Fuentes!) . Y si en su hipotética visita post mortem leyese La Nación –que aparece también en su novela– , comprobaría lo que había escrito tantos años antes en una tierra tan lejana: "Ya no cabía la menor duda: las luchas callejeras eran un hecho en Costarricania" (página 37 de la edición en español).

Una de las ventajas de leer pocas obras literarias –además de escapar del diluvio de libros escritos por pseudoliteratos autoengañados– es que es más fácil recordar pequeñas joyas, y la descripción que hace José Calvo del país al que llama Cuesta Mucho al comienzo de La Maroma sigue siendo impresionante. "En la Backyardia Central de la Reserva Oceánica, existe una islita paradisíaca llamada Cuesta Mucho, donde ocurren las cosas más extrañas." El autor coloca los hechos en un año que entonces era futuro, 1994, en el que Cuesta Mucho tiene cuatro millones de adultos, de los cuales dos millones son gobernantes y empleados públicos, y los otros dos están en el sector privado. Enfrentados por el odio y la envidia, los que aún trabajan en el sector privado recriminan la mediocridad, incompetencia y corrupción de los empleados estatales, aunque al mismo tiempo ansían el momento en que puedan disfrutar de sus privilegios. Mientras en El congreso de futurología los protagonistas son científicos, en La Maroma buen número de los personajes que aparecen son abogados ; la trama empieza con la aparición de una nueva forma de reproducción humana, por gemas o bubas, aunque luego deriva en un pleito entre compañías químicas a causa de una patente. La maraña de leyes, resoluciones, fallos y sentencias que envuelve a los personajes como una telaraña de la que es imposible escapar se transforma pronto en una maroma, es decir, en un movimiento de engaño en el que algunos individuos prosperan a costa del bien común. La antigua maldición gitana "¡Entre abogados te veas!" pesa sobre cada página de La Maroma aunque no se mencione en ninguna. A la rampante mediocridad que impera en el país descrito se junta la corrupción, y para destacarla se emplean nombres alusivos: el principal centro de salud de Cuesta Mucho es el Hospital Mórdixco, una de las compañías envueltas en el litigio se llama Rob and Mas, y así por el estilo.

Después de Costarricania y de Cuesta Mucho, en nuestros días se habla de Costa Risa, aunque no vamos a referirnos a quienes usaron la expresión por primera vez. Lo que se añade ahora es el sarcasmo, pues el público encuentra

cada día innumerables motivos que podrían llevar a la desesperación si no quedara el recurso del humor. Como diría Hegel, la ironía es el arma de quienes no tienen poder. Ante la tragicomedia de la famosa platina del puente sobre el Virilla, la falta de cordura de muchas leyes y fallos judiciales, la ausencia de prudencia en numerosas ocurrencias ministeriales y de vergüenza en multitud de acciones individuales –por citar algunas de las cosas más gruesas– uno de los pocos recursos que quedan es reír con amargura. Después de "Costa Risa", ¿qué seguirá? Ojalá no sea "Costa de Ratas", por el repudio que sentimos hacia el uso de nombres de animales para referirnos a seres humanos.